

Alocución de Navidad de Su Santidad

EN la víspera de la Navidad de 1947, Su Santidad el Papa Pío XII dirigió al mundo una alocución, cuyos principales párrafos transcribimos aquí:

“La fiesta de la Navidad y el Año Nuevo que se aproxima, traen ciertos síntomas amenazadores para los días venideros.

La gravedad de la crisis es incuestionable, inmensurables sus posibilidades para el bien o para el mal, sus resultados imposibles de predecir.

Cuando el año pasado, en esta misma ocasión, dirigimos nuestro mensaje de Navidad al mundo católico y a todos los hombres de juicio honesto y buena voluntad además, ¿quién podía haber tenido en su corazón el presentimiento, para predecirlo a una Humanidad agotada por la guerra y hambrienta de la paz, de lo que hoy se ha convertido en una cruel e innegable realidad?

En la lucha titánica entre las dos fuerzas que ahora se disputan el predominio del mundo, si tan sólo se necesita el odio para agrupar bajo el imperio del mal a hombres que al parecer tendrían que disentir en todo, ¿qué no podría lograr el amor para unir con una liga universal a quienes por sus elevados propósitos, nobles instintos y sufrimientos en común se encuentran ya vinculados con ataduras más fuertes y más íntimas que cualquier diferencia o divergencia que pudiese apartarlos? A los millones de dispuestos a convertirse en miembros de esta alianza universal, ya carta magna es el Mensaje de Belén y su jefe invisible el Rey y Pacificador que descansa ante nuestros ojos en el pesebre, dirigimos nosotros, en esta coyuntura, nuestro llamamiento salido del corazón.

La Iglesia, aunque su corazón está siempre lleno del amor y comprensión para esas almas erradas, no puede dejar de denunciar el error mismo, en lealtad a su Divino Fundador,



quien dijo: “Quien no está conmigo está contra mí.” No puede dejar de arrancar la máscara a los “urdidores de mentiras” que se presentan como lobos envueltos en piel de ovejas, como fundadores y padres de una nueva edad de oro. No puede menos de advertir a los fieles para que no se dejen desviar del recto camino ni alucinar con promesas falaces.

Nuestra posición entre los dos campos opuestos se halla exenta de todo prejuicio, de cualquier preferencia por este pueblo o aquél, por este bloque o aquél de naciones; de la misma manera que es ajena a toda suerte de consideraciones temporales. Estar con Cristo o contra Cristo, eso es todo.

Cada uno de los lados opuestos se cree empujado a la desconfianza como un deber de elemental precaución. Evidentemente, este mismo hecho lleva a levantar una inmensa muralla que hace imposible y desesperado todo intento de llevar a la desconcertada familia humana las bendiciones de la paz verdadera.

Quienes se habían decidido a ganar la guerra estaban prestos a cualquier sacrificio, la muerte inclusive. Quienes quieran sinceramente ganar la paz deben estar dispuestos con igual

generosidad a los sacrificios, ya que nada es más difícil para la naturaleza humana, convulsa y amargada, que renunciar a las represalias y aplacar su rencor, que no perdona.

Dése todo honor, pues, a quienes en todas las naciones no cluden privación alguna ni descansan en su labor por apresurar la conclusión de tan noble empresa. Que no les agobien ni las contradicciones ni la oposición que encuentran, y que precisamente en estos días parece haberse intensificado, alimentando otra guerra de nervios, provocando la discordia, reduciendo a la nada los esfuerzos de los heraldos de la unidad y de la paz. Que tengan la fe de que la hora se acerca, como confiamos y pedimos en nuestras oraciones, en que el Rey de la Paz otorgará la victoria a quienes luchan por su causa con la recta intención y con las armas de la misma paz.

A menos que el humano linaje pueda detener y superar las fuerzas de la discordia y la división, con los medios de un sincero espíritu de fraternidad que una a todas las clases, a todas las razas, a todas las naciones con el vínculo único del amor, no podrá salir de la desolación y la crisis presente para marchar hacia un futuro más armonioso.

Hacemos esta llamada al mundo entero hoy, en la víspera de la Navidad, porque vemos a este espíritu de fraternidad en peligro inminente de ser sofocado y aplastado; porque vemos apetitos egoístas conquistando las mentes más sanas, y las crueles tácticas de opresión y violencia prevaleciendo sobre la leal comprensión y el mutuo respeto, así como el más franco menosprecio por todos los males que pueden seguir, en detrimento del celoso mantenimiento del bienestar público.”

N.º 4
ENERO
1948